

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: **Areo San Pablo, 8, 1.º**

Paquete de 80 ejemplares: 1 peseta

## La muerte del anarquismo ó los intelectuales de pega

Ramiro Maetzú tiene fama de buen escritor, pero yo tengo la desgracia de no leer de él más que lo que ningún escritor bien equilibrado pondría sobre su firma.

Hace algunos meses vino á verme un amigo y me enseñó un diario, diciéndome: —Mira lo que Maetzú dice de ti, y me señaló esto: «El pueblo catalán se hizo anarquista porque Anselmo Lorenzo se puso del lado de Bakounine y en contra de Marx en el congreso de La Haya.» Aquello era una enormidad inconcebible, porque yo, pobre obrero tipógrafo, muy conocido en mi casa y en las imprentas en que me he sometido al derecho de accesión, ¿de dónde había de sacar influencia y poder para semejante cosa? Además, yo no he estado jamás en La Haya, y cuando se celebró aquel congreso estaba en España, no al lado, sino á unos dos mil kilómetros de Bakounine. Para colmo del absurdo, aparte de la inexactitud, decía Maetzú en el mismo artículo: «En Cataluña, y sobre todo en sus regiones industriales, hay un pueblo que piensa por su cuenta y con independencia de sus clases directoras hace lo menos medio siglo.» ¿Y un pueblo así consciente había de hacerse anarquista por la supuesta maniobra de un desconocido?

Ya tenía aquello contestado y olvidado, cuando el otro día me enseñaron un periódico con apariencia de revista, embutido de inestéticas fotografías cortesanas, que insertaba un artículo con esta nueva muestra de la sabiduría de Maetzú: «En cuanto los intelectuales catalanes han dejado de ser anarquistas, el anarquismo catalán ha quedado disuelto.»

Claro es que para dejar de ser anarquistas, los intelectuales catalanes, con su inteligencia y todo, habían de ser antes anarquistas. Pues en líneas anteriores del mismo escrito afirma Maetzú que «sólo en pueblos ignorantes, incultos, medioevales crea prosélitos el sistema ácrata.» «Si Barcelona, dice, hubiera conocido en 1880 los libros de sociología que después han publicado sus casas editoriales, jamás habría logrado arraigar el anarquismo.» Luego los intelectuales catalanes, según Maetzú, eran ignorantes, incultos y medioevales en 1879, y su ilustración posterior es postiza, aprendida en libros que otros escriben, y por tanto, el pueblo trabajador, al abandonar el anarquismo, admitiendo por un momento la desacreditada y gratuita afirmación de Maetzú, obró con más cordura que los intelectuales. ¿Pero no habíamos quedado en que el pueblo catalán piensa con independencia de sus clases directoras hace lo menos medio siglo? ¿Qué lógica es la de ese intelectual?

Lo que resulta patente en todo esto es que corren por ahí intelectuales con firma acreditada que carecen del más común de todos los sentidos, y que la burguesía editorial que los paga y la burguesía lectora que compra sus papeles, tienen buenas tragaderas y se hartan sin reparo de gato por liebre.

En los primeros tiempos de La Internacional, cuando las grandes verdades sociológicas expuestas en sus congresos anquilaban dogmas, sofismas y convencionalismos; cuando el mutualismo cooperativo, los radicalismos políticos y todo género de desviaciones iban de baja, y no había todavía necios que se llamaran super-hombres, muchos de los que ensuciaban papel con tinta y pluma se titulaban «obrerros de la inteligencia», reivindicando el primer puesto entre los grupos obreros; en tanto que hoy, pasada la moda, mientras los trabajadores en lucha con la arbitrariedad autoritaria, la codicia patronal y las artimañas políticas sufren persecuciones, miseria y timos democráticos-radicales á la par que señalan el ideal con certeza evidente y firmeza imperdurable, los escritorzuelos arrivistas se ufanan con el título de «intelectuales». ¡Pobres chicos, los que tienen que escribirlo no para extender sus conocimientos ni para dar legítima satisfacción á su conciencia, sino para obtener los garbanzos de la accesión, como cualquier ganapán, ó para hacer méritos en el escalafón arrivista, no siéndoles

deudores del menor adelanto la ciencia, ni el arte, ni la filosofía, ni la cultura general.

Yo no sé si Maetzú, por los escritos suyos que desconozco, será ó no uno de esos intelectuales de pega que tanto abundan, pero si hubiera de juzgarle por lo que dejo citado...

Sin duda Maura no concuerda con Maetzú, ni debe dar gran importancia á la acción mortífera de los intelectuales ex-anarquistas, cuando, además de pagar innumerables polizontes, intenta sacar á salvo la ley de represión del anarquismo, con la cual, sea dicho de paso, es posible que el anarquismo se purifique, regenere y fortifique.

Por todo lo cual me complace en dedicar á Maetzú este popular recuerdo:

Los muertos que vos matáis  
gozan de buena salud.

ANSELMO LORENZO

## Anticipación

El artículo «Locura de Maura é idiotas obrera», publicado en El Pueblo, de Valencia, con la firma de su director, F. Azziati, reclama una contestación.

La circunstancia de ser yo uno de sus colaboradores me obliga á contestar por mi parte, y lo haré tan pronto como mi estado y perentorias obligaciones me lo permitan para, en contra de la tesis del periodista valenciano y de la forma ofensiva con que la desarrolla, proclamar una vez más con la Asociación Internacional de los Trabajadores que: «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos; que la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud política, moral y material; que todo movimiento político ha de subordinarse á la emancipación económica de los trabajadores.»

Ruego á los lectores de la presente que conozcan el artículo citado que, substra-yéndose á toda sugestión, esperen la defensa prometida para juzgar con juicio propio.

ANSELMO LORENZO

## La grande Araña

«El presente organismo social es una inmensa telaraña entre cuyas redes se ve presa la humanidad inhumana, muriendo entre el engaño y el crimen, la prostitución y la muerte, para conservar la vida de la grande araña capitalista confeccionadora de la actual telaraña social.»  
(Postal n.º de la colección Tramontana.)

No hay paso franco posible; la telaraña lo llena todo. Formada con textos de leyes que son la baba de la enorme araña capitalista, que es el Estado, extiéndose por el espacio existente entre las distintas instituciones político-religioso sociales.

Desde los muros oficiales á los agrietados tabiques de las miserables bohardillas, desde las cumbres de las montañas á los valles y llanuras, extiéndose como fúnebre manto la urdimbre burguesa cuya araña no se sacia jamás de devorar á los seres que van cayendo en sus redes.

El obrero productor es devorado. El burgués no capitalista es devorado. El escritor y el artista son devorados. El ignorante es devorado y el sabio lo es también.

Y entre los pliegues de esa telaraña social los insectos en ella presos luchan por liberarse. Y el obrero lucha contra el obrero; el burgués contra el mismo y todos juntos contra sí. El escritor y el artista también se batien; y los más, haciendo de su inteligencia y de su arte un oficio ó profesión, se ofrecen á la Araña, á la que alquilan su intelecto y venden su obra... Son los esquirols del arte y de la pluma, más numerosos que los del taller y de la fábrica.

A pocos se los ocurre matar la Araña, luchando contra ella ó tratando de destruir la red que les oprime; y como son pocos, son vencidos. La alimaña se sostiene sobre muchas y fuertes instituciones, y se necesitan enormes esfuerzos para derribarlas. Cuando sean muchos los que, dejando de combatir entre sí, dirijan sus ataques al enemigo común, poco esfuerzo bastará.

Esas instituciones no son fuertes más que por la fuerza que les suministran los trabajadores

con su resignación, docilidad y acatamiento. Sin esa negligencia ó dejadez por sus intereses, la humanidad prisionera dejaría de ser víctima del terrorismo gubernamental de la Araña capitalista-religioso-política, y ni la cruz, ni el sable, ni el Krupp, ni la bomba policiaco-rulesca, ni la guillotina, ni la horca, tendrían la virtualidad de engendrar y fomentar el fanatismo superstitioso, la ignorancia, el salvajismo y el terror.

Una sociedad que necesita para sostenerse de la miseria moral y material, del crimen individual y colectivo, de la prostitución del alma y del cuerpo, y, por lo tanto, de cárceles, cuarteles, conventos y prostibulos, no es una sociedad verdaderamente fuerte, porque no es sana.

Una sociedad así debe desaparecer.

Hay, pues, que matar la Araña, y no como san Jorge, sino negándose á colaborar en la fabricación de nuestras propias ligaduras y á no

sancionar con la apatía é indiferencia el funcionamiento legal de la telaraña social vigente, y más aún, destruyéndola con el escobón revolucionario.

Sólo en un ambiente sucio y descuidado es donde pueden establecerse telarañas. Manténganse siempre limpias las convicciones de los hombres conscientes de sus derechos; hagan los trabajadores un baldeo general de sus propios prejuicios por medio de una higiénica instrucción, estudiando las cuestiones sociales en la moderna sociología, y con seguridad quedarán limpios de polvo y paja político-religiosa y demás suciedades donde sienta sus reales la grande Araña capitalista confeccionadora de la actual telaraña social.

Sólo así surgirán las energías suficientes para manejar con éxito el escobón revolucionario.

JULIO MONTGROS

## CAMPAÑA contra el Terrorismo y contra la Ley de Represión

### El triunfo de los dinamiteros

Habéis triunfado, sí, y como es cierto hay que reconocerlo: habéis triunfado, como triunfan hoy todos los malos, como triunfa Maura, por ser malo, el primero de los malos.

No hay nadie que pueda señalar un buen liberal como autor del terrorismo y, sin embargo, contra los liberales se hace la ley; no estará ésta justificada, pero se hace; claman contra ella individuos, colectividades, pueblos enteros, y, sin embargo, se hace; la información del Parlamento es aplastante, y la ley se hace; y este al parecer extraño fenómeno tiene lugar porque aún no se ha percatado el pueblo y quien no lo es de que cuando se lucha con un hombre soberbio y malo entregado y puesto al servicio del jesuitismo, para quien la razón es nada, el derecho de todos una cosa sin valor que no es necesario respetar; la Constitución una ley que no debe acatar quien se cree por encima de ella y la nación entera un feudo del endiosado pastor de la mala causa; cuando un pueblo, en fin, se halla frente á un hombre tan malo y tan soberbio como don Antonio Maura, debe cesar el lenguaje razonable y correcto, deben echarse á un lado todas las conveniencias sociales, y sin miramientos de especie alguna, empleando todos los medios y presentando á la faz del mundo al hombre y á su obra, todo lo malo que uno y otro son en sí, hacerlos odiosos y trabajar cuanto sea dable en todos los terrenos y por todos los medios hasta conseguir que su nefasta obra se destruya y su autor caiga con ella desde las alturas en que, para bien de todos, nunca debiera haber llegado.

D. Antonio Maura carece de una cualidad esencial á los hombres, el valor; podrá ser una culebra que se arrastra y acecha el paso de su presa para traidora é impunemente arrojarse sobre ella y devorarla, pero no tendrá jamás la arrogancia y la franca fiereza del león; si tuviera el valor de sus actos, he aquí cual fuera su lenguaje:

En Barcelona existe una plaga que se llama terrorismo; hubo una época en que con más ó menos fundamento pudimos creer que sus autores eran los anarquistas; el tiempo y los hechos probaron nuestro error; los anarquistas, que son ciudadanos españoles como los demás y que contribuyen á las cargas generales como todo el mundo, debieron y deben gozar de los mismos privilegios y respetos que el resto de los españoles; pero cuando los dinamiteros, más astutos ó más hábiles que todas las autoridades de Barcelona—y conste que no decimos otra cosa, no porque no la pensemos, sino porque no podríamos probarla,—han lanzado una y otra bomba y sembrado el pánico en la población, las autoridades, obligadas á detener individuos para aparentar ante la opinión que cumplían su deber, sabiendo que los anarquistas son pobres de dinero y que tras ellos no hay diputados y senadores que los defiendan, registraban sistemáticamente sus domicilios y los conducían á la cárcel, enteramente, plenamente convencidas de que su acto era ilegal, que constituía un atropello, una arbitrariedad, una injusticia, y que aquellos hombres tendrían que ser puestos en libertad no sólo porque eran inocentes, sino porque sabrían defender su inocencia.

Diría más: diría que aquellos mismos anarquistas habían, en más de una ocasión, señalado á las autoridades verdaderas pistas de altura, que, por ser tales, habían sido abandonadas por las autoridades antes de comenzarlas, porque esas autoridades, que tan pródigas se han mostrado siempre que se ha tratado de atropellar y detener obreros, se han detenido á la puerta de los poderosos cual si los millones ó las grandes

influencias fueran un salvoconducto para la comisión de cualquier delito que un día pueda convenirles cometer para la consecución de sus bastardos fines.

Diría más don Antonio Maura: diría que todos ó la mayor parte de los dinamiteros materiales y todos los inductores ó autores morales, están perfectamente libres, tranquilos y seguros, y que si al parecer han cesado las bombas es, no por miedo á las leyes de rigor que el gobierno pueda confeccionar, porque si estas leyes los matarían igualmente los mataría la ley de explosivos que hace 14 años existe, sino por que su plan liberticida parece tocar á su fin, y que si las bombas se lanzaban para de algún modo justificar la ley de represión, cuando ésta está en camino de aprobarse, ellos han triunfado en toda la línea, y las bombas, por ahora han cumplido su misión y pueden cesar, lo que no quita para que puedan en otra ocasión lanzarse cuando nuevamente pueda convenir á sus infames autores.

Diría más el señor Maura: diría que el terrorismo y la ley de represión no son la una consecuencia de la otra, sino dos cosas esencialmente diferentes aunque tengan ó puedan tener una perfecta relación: diría que el terrorismo es una llaga honda, muy honda, alta, muy alta, que la ley de represión no ha de curar puesto que el verdadero remedio es por el contrario una amplia libertad, y que aun cuando existan hoy ó puedan existir mañana indicios racionales de culpabilidad contra elevadas personas, éstas, como siempre, escudadas en su posición continuarán disfrutando de la tranquilidad y de la impunidad á que no ellos sino los anarquistas son acreedores por su honrada conducta.

Diría más el soberbio aprendiz de tirano: diría que la ley de represión no está justificada, que es anticonstitucional, que es atentatoria al derecho común y á las libertades políticas que adquiridas en larguísima y cruenta lucha del pueblo español forman hoy parte de su espíritu y de su vida moderna, que dicha ley es una satisfacción á los bastardos deseos del Comité de Defensa Social de Barcelona y de la alta burguesía que en el progreso de este pueblo ve un peligro para sus privilegios y sus capitales adquiridos en la compra venta de negros y en los escandalosos agios realizados durante las guerras coloniales; que esta ley es una mordaza y un grillete para el pueblo que piensa, progresa y aspira á redimirse y que contra todo derecho, contra toda razón y contra toda justicia, trata de imponerla porque satisface sus reaccionarios instintos y los de la taifa de jesuitas que forman su cohorte y completa ó forma parte importante y principal del plan de retrogradación ha tiempo concebido.

Diría más el que olvida la severa lección de Portugal y se cree bastante fuerte para avasallar al pueblo; diría que astuto y conocedor del grave mal que intenta inferir al pueblo, supone que éste pudiera levantarse en defensa de su libertad y de su derecho, y por sí este caso llega, ha tomado militarmente Barcelona reconcentrando la guardia civil y haciéndola prestar servicio permanente en las calles, creando numerosos cuerpos de policía que si han sido perfectamente inútiles para evitar uno solo de los atentados ni descubrir á sus autores, no lo serían para ametrallar al pueblo é imponerse por el terror, al menos en tanto que el pueblo sea tan inocente que trate de luchar con piedras y pistolas y una gran dosis de sentimentalismo; contra una fuerza potentemente organizada que obedece á la consigna de la imposición á todo trance.

El hecho real é innegable es que los dinamiteros han triunfado en su plan liberticida y absolutista por que al frente del gobierno existe un hombre tan liberticida y tan absolutista como ellos y que dispone del onímodo poder que